

Nuestra edición

La primera edición de *Resurrección* en su lengua original, *Ressurreição*, tuvo lugar en el año 1872 en Río de Janeiro, a cargo de la editorial B. L. Garnier, donde Joaquim Maria Machado de Assis (1839-1908) publicaría más tarde algunas otras de sus obras. La novela se reeditó en 1905, todavía en vida del autor, quien expresó su confianza en el valor de aquella primera incursión en un género que iba a reportarle grandes éxitos, afirmado en la «Advertencia a la nueva edición» que había modificado «apenas dos o tres vocablos». En el siglo siguiente *Ressurreição* volvió a editarse en varias ocasiones, pero hasta el XXI no viajó a otras lenguas. En 2013 se tradujo al inglés (Latin American Literary Review Press, Ithaca), y en 2015 la Universidad Veracruzana (Xalapa, México) la publicó por primera vez en español. Es esa misma traducción la que ofrecemos aquí al lector de España.

Como ópera prima, *Resurrección* sienta las bases del estilo narrativo de Machado de Assis ya que, aunque cronológicamente se sitúa en el Romanticismo, es una novela psicológica sentimental afín a la corriente realista que por

esos mismos años empezaba su recorrido en Europa. Al final se trata fundamentalmente de una cuestión formal, más que temática —como ocurre siempre en literatura—, y la forma de narrar de Machado de Assis es aquí ya y después para siempre precisa, parca, atenta a la naturalidad de la lengua oral en los diálogos, eficacísima. Machado de Assis es un novelista moderno. Como bien apuntaba Antonio Alatorre en la cubierta de la traducción de *Memorias póstumas de Brás Cubas*:

Su estilo, de prosa ceñida y tersa, expresaba los análisis más sutiles con extremada parquedad y sencillez. Aunque el romanticismo imperaba en las obras de su época, Machado de Assis ya se había despojado de él y limpiado de hipérboles y de exaltación de la naturaleza: sabía reprimirse y ser preciso y dar mayor valor a las reacciones psicológicas de sus personajes que al cuadro en que se movían.

Dice de uno de sus personajes el narrador de *Resurrección*: «Tenía una manera natural y simple de decir las cosas menos vulgares de este mundo. Sabía sacar jugo a sus ideas en frases elegantes, sin pretensiones». Y parece que habla de sí mismo. El lector de hoy se siente tan cómodo en esta lengua literaria que, cuando algo le recuerda la época y las circunstancias de la escritura, de pronto sufre una sacudida, como ante la palabra *esclavo*.

A la elegancia retórica se suma una gran destreza en el manejo de la estructura narrativa. La historia se despliega cronológicamente en escenas breves con abundancia de diálogos y movimientos de personajes, y las elipsis o encabalgamientos entre capítulos sirven para apuntalar la

intriga y también para subrayar de forma sutil los temas más importantes. Así, si la mayor parte de los capítulos se componen de dos o tres escenas rápidas, ágiles, con elipsis menores entre una y otra y algo más marcadas entre capítulos, en el centro exacto de la novela tiene lugar una excepción significativa: una sola escena se despliega a lo largo de tres capítulos, y de esa forma el texto le dice al lector sin necesidad de decírselo que ha llegado al meollo de la historia.

En la «Advertencia de la primera edición», el autor cita unos versos de la obra de Shakespeare *Medida por medida* que dan la clave temática y argumental de la novela:

*Nuestras dudas son traidoras,
y nos hacen perder el bien que podríamos ganar,
por miedo a intentarlo.*

Sin embargo, nos interesa leer también esta cita en términos formales, como una declaración de las fuentes en las que bebe la sabiduría narrativa de Machado de Assis, porque sin duda hay mucho de shakesperiano en su manejo de los movimientos de personajes, en el reconocimiento del poder del malentendido, en la fineza del análisis de sentimientos o en el papel fundamental de los personajes secundarios.

La traducción de Eduardo Langagne posee rasgos del español de México que, en nuestra opinión, no solo no lastran sino que enriquecen el resultado. Esas preferencias léxicas y sintácticas, en todo caso sutiles, causarán aquí y allá en

el lector español una leve sensación de extrañamiento que lo ayudará a situarse en otro tiempo y en otro lugar, esto es, en una lengua hablada en América hace más de un siglo. Por lo demás, se trata de una excelente traducción, de forma que nuestra intervención se ha limitado a las normalizaciones ortotipográficas de rigor y a un puñado de sugerencias siempre a favor del estilo del traductor, que indudablemente ha sabido captar el de la prosa original y trasladarlo a nuestra lengua. Entre esas variantes léxicas que tal vez desconozca el lector de España cabe mencionar el sustantivo *muleque*, que el Diccionario de Americanismos de la Real Academia Española define como ‘niño de raza negra’, o el verbo *recargarse* en la acepción de ‘apoyarse’. Aunque tal vez las peculiaridades se perciban más en los usos preposicionales o no reflexivos de ciertos verbos, como en «se hizo del primer florero que se le presentó a la mano» por «se hizo con el primer florero...».

Nos alegra haber tenido la oportunidad de presentar por primera vez al lector español esta novela de uno de los grandes de la literatura universal, una novela además sobre un tema tan actual como el maltrato psicológico en las relaciones de pareja. Con respecto a la dimensión universal del autor, valga mencionar aquí solo algunas de las reputadas voces que lo han reivindicado. En 1990 Susan Sontag publicó en *The New Yorker* un artículo donde analizaba la obra de Machado de Assis: para ella, él es el mejor escritor del siglo XIX en América Latina. También lo admiraba Harold Bloom, y Woody Allen incluye *Memorias póstumas de Brás Cubas* entre sus cinco libros favoritos y

dice de su autor: «No podía creer que hubiera vivido hacía tanto tiempo. Se podría haber pensado que lo escribió ayer. Es tan moderno y ameno...». Incluso se ha estudiado la influencia de la última novela de Machado de Assis, *Memorial de Ayres*, en el largometraje de Ingmar Bergman *Saraband*.

No podemos terminar esta nota sin dar las gracias a la Universidad Veracruzana de México y a Eduardo Langagne, por la traducción y su trato exquisito. Y, también a nuestros predecesores, los alumnos del curso pasado del Máster de Edición de la Universidad Autónoma de Madrid, y en especial a Gonzalo Fernández del Río y Borja Aranda, por habernos abierto el camino hasta esta joya literaria.